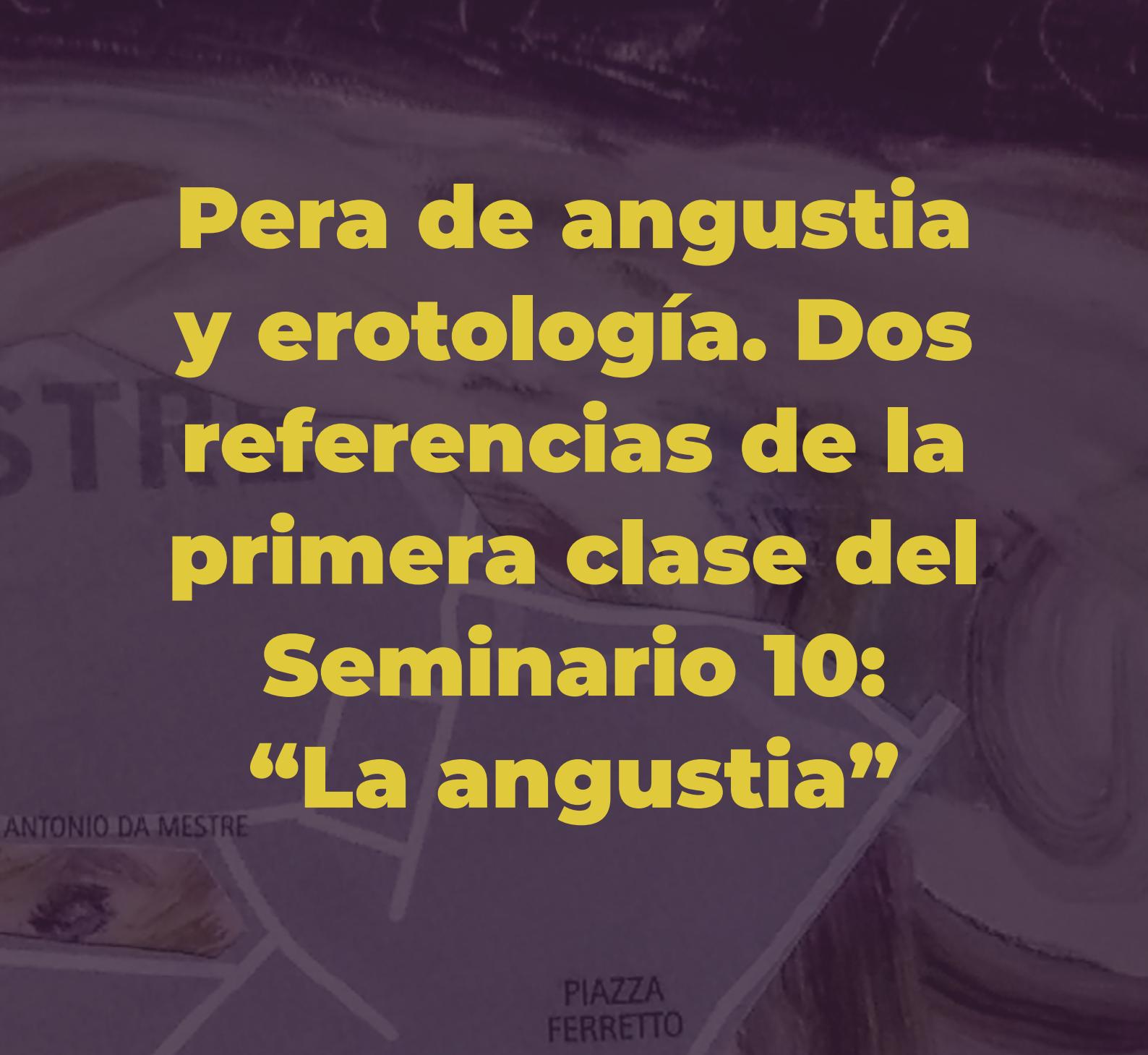




ALEJANDRA KORECK - May you live in interesting times

SECCIÓN

PSICOANÁLISIS Y OTROS DISCURSOS



Pera de angustia y erotología. Dos referencias de la primera clase del Seminario 10: “La angustia”

Leonardo Galuzzi

Facultad Psicología UNR

Facultad Ciencias Médicas UNL

lgaluzzi@hotmail.com

<https://fchportaldigital.unsl.edu.ar/index.php/nudos>

en su justa dimensión el alcance que poseen.

Con asertividad se indica que este seminario es uno de los ineludibles. En él, rápidamente detectamos movimientos fundamentales que articulan de manera triple la clínica, la teoría y la política. Por él sabemos que la angustia es el afecto clave e inevitable para revisar conceptos previamente abordados: “La angustia es muy precisamente el punto de encuentro donde les espera todo lo relacionado con mi discurso anterior” (Lacan, 2006, p. 11).

Es en esa línea que Lacan nos remite al grafo del deseo,² formalización que abordó de manera exhaustiva en varios pasajes de su enseñanza, aunque una comparación se suma, ajustando muchos de sus desarrollos.

Lacan introduce el grafo del deseo como una herramienta estructural que permite dar cuenta del lugar del sujeto en el lenguaje y en la articulación del deseo, mostrando su dependencia del campo del Otro. Se trata de un esquema lógico con el que busca representar las coordenadas fundamentales de la subjetividad, haciendo visible la manera en que el deseo se inscribe en la estructura significante y cómo el sujeto se constituye a partir de esta inscripción.

Para Lacan, el deseo no es algo natural ni espontáneo, sino que emerge dentro del campo del lenguaje, articulándose con el Otro como lugar del significante. Es en el Otro donde el sujeto encuentra las palabras que lo nombran y le permiten formular su demanda. Al mismo tiempo, es en el Otro donde su deseo queda marcado por una falta estructural. Este Otro no es simplemente el semejante, sino el gran Otro, el lugar del código, del lenguaje preexistente al sujeto, el espacio donde se inscriben las leyes del significante y desde donde el sujeto se ve hablado antes de poder hablar.

² Sus desarrollos se encuentran de manera específica en el Seminario 5: “Las formaciones del inconsciente”; en el Seminario 6: “El deseo y su interpretación” y en el escrito “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”.

Este trabajo examina dos referencias de la primera clase del Seminario 10 de Jacques Lacan: la “pera de angustia” y la caracterización del psicoanálisis como “erotología”. A partir de la evocación de un instrumento de tortura, se relee el grafo del deseo como figura del desgarramiento estructural necesario en la constitución del sujeto, marcado por los movimientos de alienación y separación respecto del Otro. La angustia se plantea como afecto central, que surge cuando el objeto aparece sin mediación significante, señalando un punto de falla en la simbolización. La noción de erotología permite pensar la praxis analítica desde la lógica del deseo y la falta, en oposición a toda perspectiva psicologista o adaptativa. Se abordan también afinidades con la concepción del erotismo en Georges Bataille, destacando su dimensión de transgresión y pérdida. El texto invita a reconsiderar estos pasajes como claves conceptuales para una ética del psicoanálisis.

Quienes utilizamos las lecturas de Lacan como brújula para nuestra práctica clínica sabemos que su estilo, en muchas ocasiones, lo lleva a señalar puntos clave que, en principio, parecieran no estar desarrollados, implicando así de manera activa al lector que desea involucrarse en sus recorridos.

Sabemos también que, en ciertos momentos, sus palabras pueden parecer comentarios colaterales o periféricos, aunque, con frecuencia, encierran conceptualizaciones nodales que articulan y conjugan diversos desarrollos teóricos. Algo así sucede en la clase uno del Seminario 10, *La angustia* (1962-1963)¹ donde podemos detectar dos referencias sobre las que conviene detenerse para comprender

¹ La sesión del Seminario 10 es la dictada el 14 de noviembre de 1962, que en la edición oficial de la editorial Paidós lleva como título “La angustia en la red de los significantes”.

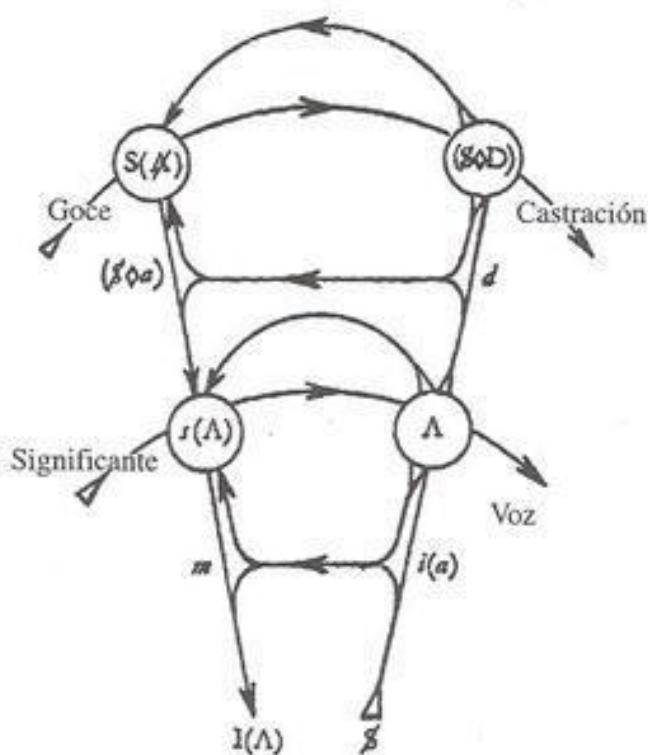
El grafo del deseo formaliza este proceso y muestra cómo el sujeto transita desde un nivel más inmediato, ligado a la demanda, hacia un nivel más estructurado en el que el deseo se distingue y se articula en relación con la falta en el Otro.

En el nivel inferior del grafo, el circuito fundamental se organiza en torno a la dialéctica de la demanda: el sujeto (en la posición de emisor) dirige un mensaje al Otro y espera una respuesta. Aquí se inscribe lo que Lacan denomina la alienación del sujeto en el significante, pues en el momento mismo en que el sujeto se enuncia, ya está atrapado en las redes del lenguaje del Otro. Su demanda nunca es puramente suya, sino que se formula en términos del código del Otro, lo que significa que siempre estará, de algún modo, expropiada. Sin embargo, hay algo que la demanda nunca puede agotar, y es ahí donde emerge el deseo.

En el nivel superior del grafo, Lacan introduce el trayecto que permite entender cómo el deseo no se reduce a la simple petición, sino que se inscribe en el orden de la falta. Es en este nivel donde se juega la relación con el objeto *a*, el objeto causa del deseo, que no es un objeto en sí mismo, sino un vacío estructural que el sujeto intenta colmar de manera sintomática. El deseo del sujeto siempre se articula en relación con el deseo del Otro. Esto significa que el sujeto desea en la medida en que se pregunta qué quiere el Otro de él. No hay deseo sin la mediación del Otro, porque es en el Otro donde el sujeto encuentra los significantes con los que puede simbolizar su falta. Pero este mismo Otro también es inconsistente, pues en su estructura porta una falta propia. De este modo, el sujeto se encuentra en un juego de desplazamientos en el que su deseo nunca se satisface plenamente, ya que lo que persigue es, en el fondo, la falta en el Otro.

Lacan dice: "Además, su forma, quizás nunca la hayan visto como la de una pera de angustia. Quizás no sea por azar que debamos evocarla aquí" (2006, p. 13).

En la cita encontramos una propuesta, la de señalar que el grafo pueda ser visto como una "pera de angustia" –dato que poco tiene que ver con la fisionomía del mismo y su posible comparación con una fruta–, como si estuviera sostenido en la homologación con la pera como una alegoría que nos permite abrochar un sentido.



12

Si profundizamos un poco esta idea, hallamos el detalle no menor de que "la pera de la angustia"³ fue un dispositivo de tortura utilizado en Europa entre los siglos XVI y XVII. Consistía en un mecanismo metálico con forma de pera que podía expandirse mediante un tornillo central y que se introducía en la boca, el recto o la vagina de la víctima. Al hacerlo girar, su estructura se expandía, causando daño en los tejidos internos y dolor extremo. Era un instrumento que, una vez introducido en los orificios de la boca, ano, vagina,⁴ desgarraba a su víctima.

³ También es llamada "pera veneciana" o "pera vaginal".

⁴ Sabemos que en clases posteriores Lacan valora estos orificios para dar dimensión a los objetos pulsionales.



Apoyados en esta descripción, podemos profundizar un nuevo alcance del grafo del deseo, dimensionar lo que implica que el sujeto debe desgarrarse del Otro para así constituirse.

Damos cuenta de que este desgarramiento es estructural y necesario, ya que el sujeto, en su entraña al lenguaje, se encuentra inicialmente alienado en el campo del Otro y debe separarse para poder sostener su propio deseo. Desde la perspectiva del grafo, este proceso se articula en dos movimientos fundamentales: la alienación y la separación.

Recordemos que, en el nivel más básico del grafo, el sujeto se constituye en el lenguaje del Otro, pero sin olvidar que la demanda que el sujeto dirige al Otro no le pertenece por estar determinada por los significantes que vienen desde este Otro. El sujeto está alienado en el deseo del Otro y su pregunta fundamental es: “¿Qué quiere el Otro de mí?”.⁵

En este tiempo, el sujeto atrapado en una relación de dependencia del reconocimiento del Otro sostiene una hiancia, el recurso de que este reconocimiento nunca es suficiente principalmente porque el lenguaje introduce una pérdida. Cuando el sujeto habla, se escinde, se separa de su ser inmediato,

los significantes que brotan nunca lo representan del todo, lo que introduce la falta como condición estructural.⁶

A partir de allí, si reconocemos que el sujeto puede sostener su propio deseo, es necesario que se produzca el segundo movimiento, el de separación, el cual no implica un corte total con el Otro, sino una reconfiguración de la relación con él, que permite al sujeto localizar un espacio de falta en el Otro.

Es a partir de estos movimientos en donde el objeto *a* comienza a jugar un papel clave. En el grafo, este objeto aparece como un resto del proceso significante, como aquello que el sujeto no puede simbolizar de manera completa. Recordemos que el mecanismo de separación requiere de la advertencia por parte del sujeto sobre la incompletud del Otro marcado por la falta y con ello es que el deseo se sostiene sin quedar aplastado por la demanda del Otro.

Sin esta separación, el sujeto corre el riesgo de quedar atrapado en una relación de pura demanda, sin margen para su deseo.

Desde esta perspectiva, el grafo del deseo permite pensar cómo el sujeto debe desgarrarse del Otro sin rechazarlo por completo, sino reconfigurando su relación para sostener la falta y, con ella, el deseo. En este seminario, Lacan establece un vínculo significativo entre el grafo del deseo y la pera de angustia: así como en la tortura el sujeto es forzado a una separación dolorosa, en la estructura simbólica el ingreso al lenguaje impone un distanciamiento inevitable que implica una pérdida. La angustia surge cuando este desgarramiento no ocurre o cuando el sujeto queda excesivamente expuesto a la presencia invasiva del Otro.

Antes de ingresar al otro punto a destacar de la primera clase del Seminario 10, recordemos que Lacan subraya la relevancia de abordar la temática

5 En el Grafo III que Lacan indica en la Subversión del sujeto, hasta llegar a la última versión, esta secuencia queda representada por la frase: ¿“Che vuoi?” (¿Qué me quieres?), que Lacan extrae del texto *El diablo enamorado* de Jacques Cazotte.

6 Es por esta idea que podemos comprender cuando Lacan indica que un significante representa a un sujeto para otro significante.

de la angustia, diferenciando su enfoque del planteado por los autores existencialistas, ya que, para él, la angustia no se define por su ontología, sino por la inexistencia de la misma. Desde el inicio del Seminario 10, Lacan ajusta esta perspectiva al señalar que la angustia, en su estructura, no está lejos de la del fantasma, en la medida en que orienta la construcción del objeto.

La angustia, en tanto afecto, define al concepto como una clave para la práctica clínica. Se advierte, de forma fundamental, que el interés no radica en un abordaje psicológico de la angustia, sino en su tratamiento a partir de la praxis analítica. En este sentido, afirma:

No he tomado la vía dogmática de hacer preceder de una teoría general de los afectos lo que voy a decir de la angustia. ¿Por qué? Porque aquí no somos psicólogos, somos psicoanalistas.

Yo no les desarrollo una *psico-logía*, un discurso sobre esa realidad irreal que se llama psique, sino sobre una praxis que merece un nombre, *erotología*. Se trata del deseo. Y el afecto por lo que nos vemos llevados, quizás, a hacer surgir todo lo que este discurso comporta a título de consecuencia, no general sino universal, sobre la teoría de los afectos, es la angustia. (Lacan, 2006, p. 23)

Esta definición para el psicoanálisis la sabemos más conocida, aunque no porque Lacan lo haya retomado en otros momentos de su enseñanza, sino por los desarrollos que encontramos en diversos textos de Jean Allouch, quien ha aportado detalles sobre esta indicación.

Al sostener el concepto de angustia como un afecto y al rechazar una justificación psicológica del mismo, Lacan nombra la praxis psicoanalítica como una *erotología*, definición que llamaríamos no señalará en recorridos posteriores. No obstante, rápidamente podemos reconocer, y Allouch así lo aborda, que se trata de una referencia que no debe

subestimarse. Definir la praxis de esta manera la inscribe en una reconsideración del estatuto del deseo y de la función del objeto en la experiencia analítica ajustada por la rigurosidad con la que Lacan sostiene la lectura de Freud en su retorno, así como en el trabajo conceptual que tensa la relación entre el sujeto y el Otro, tal como se ha venido desarrollando.

Rápidamente reconocemos que Freud aborda la sexualidad como un campo irreducible a la mera satisfacción instintiva. El determinante concepto de pulsión (*Trieb*) y la teoría de la libido son algunas de las claves para tomar distancia de cualquier reducción biologicista, situando lo sexual en una lógica que desborda la adaptación y que implica la insistencia de un goce sostenido en la repetición y la fijación. La pulsión, en su carácter parcial y en su inscripción en un borde, señala un más allá del principio del placer que resulta central para la conceptualización del deseo y del objeto que hacen a la erótica. Enfatizar al deseo, lejos de una regulación homeostática, se sostiene en una lógica que no se reduce a la satisfacción, sino que implica una estructura de falta constitutiva, es así como la dimensión erótica del análisis no remite a una exploración del amor o la sexualidad en un sentido restringido, sino a la elucidación de la economía del goce.

En el Seminario 10, Lacan sitúa la angustia como un afecto privilegiado, dado que emerge cuando la falta se suspende y el objeto se presenta en un estatuto que excluye la mediación significante. Es en este punto donde despliega una serie de consideraciones sobre el objeto causa del deseo y la dialéctica de la castración, reformulando la relación del sujeto con el deseo del Otro.

Desde esta perspectiva, una *erotología* de la praxis permite pensar el psicoanálisis como una práctica estructurada en torno a la dinámica del deseo y la falta, diferenciándose de cualquier intento de restitución de una supuesta unidad del sujeto. Lejos de

una lógica de armonización o adaptación, la experiencia analítica se inscribe en una ética que reconoce la imposibilidad de cerrar el campo del deseo y la función del objeto *a* como un resto irreductible. De este modo, el trabajo del analista no consiste en producir sentido o suturar la falta, sino en operar allí donde el deseo se articula con lo que excede la simbolización.

Este planteo supone una relectura del freudismo, que desplaza al psicoanálisis de cualquier saber clausurado sobre la sexualidad, situándolo como una interrogación constante sobre aquello que insiste más allá del principio del placer y de la significación. La praxis analítica no busca ajustar al sujeto a una norma, sino posibilitar una relación inédita con su deseo, orientada por la lógica del objeto causa. Que Lacan no retome explícitamente esta formulación en otros momentos de su enseñanza no disminuye su relevancia en el marco de su elaboración sobre la angustia, el deseo y el objeto.

En Lacan, la erótica toma un giro estructuralista y topológico. La sexualidad no es un dato natural ni una función regulada por la complementariedad, sino un efecto del deseo del Otro, estructurado en la tensión entre el deseo, la falta y el goce. Introduce aquí la noción de goce, que excede el placer y se vincula con la pulsión de muerte, dando cuenta de la imposibilidad estructural de una satisfacción plena. En esta clave, la erótica no se reduce a la manifestación del deseo, sino que señala su *impasse*, su dimensión de obstáculo e imposibilidad, marcad a por la castración simbólica y la inexistencia de la relación sexual como una armonía preestablecida.

Para dar profundidad a la *erotología*, es conveniente comentar algunas de las consecuencias de lo desarrollado por Georges Bataille, quien aborda la erótica como una experiencia esencialmente transgresora de los límites impuestos por la cultura, particularmente aquellos que regulan la separación entre los individuos y la prohibición del acceso

irrestricto al goce.

En su texto *El erotismo* (1957), Bataille distingue una sexualidad básica, de carácter meramente biológico o reproductivo, para enfatizar su dimensión como ruptura con la normatividad social. La sexualidad, en este marco, se presenta como un punto de fractura en la organización de la experiencia humana: un espacio donde la transgresión de los límites impuestos por la cultura abre la posibilidad de un encuentro con lo sagrado. Así, el erotismo se sostiene como un fenómeno que atraviesa la historia y las instituciones, revelando la tensión fundamental entre el deseo y el orden establecido, la norma y la imposibilidad de una plenitud absoluta; “en el erotismo puedo decir: yo me pierdo” (Bataille, 1960, p. 29).

Si para Bataille el erotismo es una experiencia esencialmente transgresora que desafía los límites impuestos por la cultura y abre la posibilidad de un acceso a lo sagrado, en Lacan esta transgresión se inscribe en la dialéctica de la falta y el objeto *a*, donde el goce aparece como un exceso que no puede ser integrado plenamente en el orden simbólico. La imposibilidad de una plenitud absoluta, señalada por Bataille en su lectura del erotismo, encuentra un correlato en la formulación que Lacan indicará más adelante, al plantear la no existencia de la relación sexual, es decir, la ausencia de una complementariedad armónica entre los sexos en el nivel del significante. Así, tanto en Bataille como en Lacan, el erotismo no es un mero despliegue del deseo, sino una zona de fractura en la que el sujeto se enfrenta a aquello que desborda el orden simbólico, ya sea bajo la forma de lo sagrado —en el caso de Bataille— o del goce en su dimensión real —en el caso de Lacan—.

Estos pasajes, que en una primera lectura podrían parecer meras referencias tangenciales, nos revelan la precisión con la que Lacan introduce nociones fundamentales de su enseñanza. La aparente fugacidad con la que menciona la “pera de angustia” o califica

al psicoanálisis como una *erotología* no debe llevarnos a subestimar su alcance conceptual.

En el primer caso, la asociación con un instrumento de tortura nos permite reconsiderar el grafo del deseo a la luz del desgarramiento estructural que marca la constitución subjetiva, iluminando la relación del sujeto con el Otro desde la tensión entre alienación y separación. En el segundo, la noción de *erotología* nos recuerda que la praxis analítica no se orienta por una psicología de los afectos, sino por la lógica del deseo y la falta.

Si bien estos desarrollos pueden pasar desapercibidos en una lectura apresurada, detenernos en ellos nos permite acceder a una mayor complejidad en la enseñanza de Lacan. No se trata solo de detalles anecdóticos, sino de pistas conceptuales que, cuando se exploran en profundidad, reconfiguran nuestra comprensión de los fundamentos del psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

- Bataille, G. (1960). *El erotismo*. Editorial Sur
- Lacan, J. (2006). *Seminario 10. La angustia (1962-1963)*. Paidós.
- Lacan, J. *El seminario: libro 10 “La angustia” (1961-1962)*. Versión inédita (Traducción Ricardo Rodríguez Ponte).
- Lacan, J. (2002). La subversión del sujeto y la dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. *Escritos 2*. Siglo XXI.

